

tificación de las almas. «Los sacerdotes sobre todo, dice el piadoso autor, deben conducirse por el modelo del gran San José, respecto de los hijos que engendran á Dios. Este gran Santo conducía y dirigía al Niño Jesús en el Espíritu de su padre, en su dulzura, su sabiduría y su prudencia: así debemos nosotros hacer respecto de todos los miembros de Jesucristo que nos son confiados, y que son como otros Jesucristo, tratándolos con la misma reverencia con que Señor San José trataba al Niño Jesús.» (1)

Consideremos ahora, en el capítulo siguiente, á Señor San José como Patrón de los artesanos.

CAPITULO VII.

De cómo el glorioso Señor San José es patrón de los artesanos.

DESPUÉS que Adán hubo consumado ese funesto pecado que debía dañar á toda la familia humana; y después que confesó su crimen, pronunció Dios contra él la sentencia de su condenación, y le dijo: «Porque escu-

(1) Vida de M. Olier.

chaste la voz de tu esposa, y porque comiste el fruto del árbol que se te había prohibido, la tierra será maldita para tu trabajo, y en medio de las penas te proveerá de los alimentos todos los días de tu vida. Germinará para tí abrojos y espinas, con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas á la tierra de donde has sido sacado. Porque eres polvo, y en polvo te convertirás» (1)

Tales son las palabras amenazadoras que pronuncia la Justicia divina contra Adán. Y no debemos creer que este severo castigo haya sido reservado para él solo: pues así como Adán contenía en cierto modo en su pecado á todas las generaciones futuras que debían salir de él, de la misma manera su castigo encierra en sí todos los castigos de todos los hombres hasta la consumación de los tiempos. Es de todos de quienes se dijo: «La tierra será maldita para tu obra; y con el sudor de tu rostro te alimentarás de tu pan.» Todos, cualquiera que sea el género de industria que ejerzan, respecto de la tierra, y todas las diversas producciones cuyo primer principio es la tierra, deberán llevar sobre sí el peso abrumador de esta fatiga que Dios

(1) Gen., III.

designa por el *sudor del semblante*. No hay que esperar ver desaparecer los trabajos á medida que avanzamos en la vida; porque Dios ha dicho: «Estarás en medio de las penas *todos los días de tu vida*, hasta que vuelvas á la tierra de donde has salido; porque eres polvo, y en polvo te convertirás.»

Y en efecto, si nos fijamos un poco, á nuestro alrededor para ver cual es aún hoy día el estado de la sociedad que nos rodea, encontramos que á pesar de la gracia de nuestro Señor que nos libra en parte de los castigos en que hemos incurrido, la inmensa mayoría de los cristianos vive encorvada, desde la infancia hasta el sepulcro, bajo la dura servidumbre del trabajo material. La cultura de los campos, y las mil industrias que la civilización ha creado, emplean á casi todos los individuos de la nación, salvo un corto número de privilegiados, á quienes los trabajos de sus padres aseguran una independencia y una franquicia comparativas. Muchas veces, el trabajo no espera que el niño haya acabado de formarse y de adquirir los primeros principios de la instrucción y de la educación espirituales, para imponérsele con unos rigores prematuros que comprometen dolorosamente toda la esperanza del porve-

nir. Muchas veces también, la vejez mas avanzada no trae consigo el alivio y la libertad del trabajo: y las gotas de sudor que arranca la pena, mojan todavía en el anciano, una frente sobre la cual no se han secado jamás.

Y todavía, si solo los miembros del hombre llevasen el pesado fardo del trabajo material! Pero el alma sufre con el cuerpo, y muchas veces, aun en los países cristianos, el trabajo en lugar de ennoblecer al trabajador, lo degrada y lo embrutece.

Sucede que el inferior, viendo mas arriba que él á su amo, que pasa su vida en una felicidad comparativa, comienza á sentir germinar en su corazón una implacable envidia contra este privilegiado de la fortuna. Y no teniendo en su alma la estimación de la vocación que Dios le ha dado, se pregunta por qué pues este hombre estaría exento de los rudos trabajos que le tocan al criado y al pobre. Declara que es una injusticia insupportable; y juntándose entonces el odio á la envidia para poseer los corazones de aquellos que sirven, y que forman en todas partes la gran mayoría de la nación, la sociedad no viene á ser ya sino una opresión organizada, en la cual los ricos y los poderosos se

ven obligados mas de una vez á tiranizar á los débiles á fin de continuar explotándolos en su provecho.

Sucede también, que el trabajador, ignorando el verdadero fin de la vida del hombre sobre la tierra, y creyendo que poseer y gozar son los dos bienes supremos, se lanza con rabia insensata en la persecución de estos dos fantasmas engañosos, que se escapan de sus manos en el momento mismo en que creía alcanzarlos y cogerlos. Así es que el dolor de sus sufrimientos presentes se aumenta con todo el dolor de las esperanzas engañadas; y el contraste del bien que busca y espera, hace mil veces mas penosa la pobreza, las penas y las repulsas que se adhieren inseparablemente á él á pesar de su resistencia y sus esfuerzos. Las fábulas de los antiguos colocaban en los infiernos un gran culpable muriendo de sed á la vista de una agua límpida que huía incesantemente de sus labios: el trabajador experimenta las angustias de un suplicio muy semejante, cuando se encuentra pobre y pequeño en el momento mismo en que se creía libre de todos sus males.

Finalmente, sucede muchas veces, que el trabajador se *embrutece* en el ejercicio mate-

rial al cual está obligado á entregarse. La pena corporal que comienza desde la edad mas tierna para durar hasta los años de la vejez, agotando ella sola todas sus fuerzas, no le permite ya conservar la vida mas perfecta del espíritu. El hombre cesa casi de ser *un hombre*, y se acerca al *animal*, puesto que en él la inteligencia no arroja ya sino una claridad incierta y opaca; y la voluntad parece desaparecer para dar lugar á los *instintos* y á las *pasiones*. El hombre se asemeja á la *máquina*, puesto que cada día vuelve á comenzar mil y mil veces la misma série de movimientos automáticos, sin animar sus acciones por la presencia del pensamiento y del amor. Tomad un esclavo de las sociedades antiguas; los antiguos no le miraban ya como hombre: el esclavo era clasificado entre *las cosas*; y este monstruoso error se fundaba, á lo menos en parte, sobre la degradación moral en que el abuso del trabajo había hecho caer á la víctima.

Contra to los estos males, y otros muchos que no tenemos necesidad de exponer con detalle, encontrarán los artesanos un poderoso alivio en la devoción á Señor San José. Solamente sean fieles en aprovecharse de este apoyo que el Señor les presenta, y muy pron-

to verán ilustrarse su ignorancia por las enseñanzas del Santo; y sus penas serán dulcificadas bajo el rocío benéfico de sus puros y sagrados consuelos.

Ya hemos dicho que los obreros no estiman como deben, la condición en que los ha puesto la Providencia; y esta falta de luz produce en ellos dos grandes vicios: la *envidia* y la *ambición*, que hacen de su existencia un infierno anticipado. Mas que vayan á Señor San José, para leer en su augusta persona la dignidad de la pobreza y del trabajo noblemente aceptados y llevados con valor!

¿Es acaso Señor San José un hombre á quien Dios abandona, y que en su cólera condena á la ignominia? De ninguna manera. Señor San José es un *justo*, según el testimonio del Evangelio. (1) Y esta palabra no designa solamente en él esa virtud, menos difícil, que nos enseña á no cometer ningún robo ni fraude: la *justicia* de que aquí se trata, es esa *justicia* universal de la cual decía San Pablo: *Justus autem ex fide vivit*; (2) y también: *Justitia autem Dei per fidem Jesu*

(1) Joseph autem vir ejus, cum esset *justus*, et nollet eam traducere, etc., (Math., II).

(2) Rom., I.

Christi, in omnes et super omnes qui credunt in eum; (1) es esa *justicia* que pone en armonía todas las facultades del hombre bajo la dirección suprema de la gracia, y que según Santo Tomás. (2) se compone de la *reunión* de las virtudes. Y sin embargo, este *justo*, este grande amigo del Señor, José, es pobre; y con una pobreza tanto mas penosa, á lo que parece, cuanto que es el heredero legítimo de ese magnífico trono de David y de Salomón, cuyas maravillas nos refiere la Escritura. ¿No vemos ya desde luego que si los hombres desdeñan la pobreza, Dios la *estima*; puesto que no teme el dejar pobre al mas grande de todos los santos, al glorioso Patriarca Señor San José?

Pero hay mas todavía. El Eterno Padre, al enviar á su Hijo único á la tierra, para que naciese Niño pequeño, entre los hombres, debe necesariamente escoger en medio de ellos un *Padre* que pueda velar sobre la debilidad de sus primeros años. Dios, destinando á María para servir de Madre al Verbo descendido á la tierra, debe necesariamente escoger para la Bienaventurada Virgen un *Esposo*

(1) Rom., III.

(2) Secunda-Secundae, q. LVIII, a. 5.

cuya presencia la defiende contra las calumnias de los judíos, y cuya protección la acompañe asiduamente. La dignidad de Padre del Verbo Encarnado, la dignidad de Esposo de la Purísima María, son ciertamente dos favores incomparables, que dejan muy lejos todo lo que las grandezas humanas pueden presentar de mas brillante. ¿A quién, pues, ha resuelto el Eterno Padre conceder estos dos beneficios inestimables? ¿Será á un rico, ó será á un pobre á quien tomará para concederle estas dos coronas que deben elevar su condición á la grandeza mas sublime? ¡Oh pobres! ¡oh artesanos! ¡regocijaos al ver la misteriosa elección de vuestra bajeza, tan despreciable á los ojos de los hombres! ¡Es un pobre, un artesano, á quien Dios escogió para hacer de él el Esposo de María y el Padre de Jesucristo!

Aprovechaos, pues, vosotros todos los que vivís bajo la dura ley del trabajo material, aprovechaos de la lección que contempláis en Señor San José, el Patrón de vuestros trabajos. ¿Por qué habíais de envidiar todavía los bienes del rico que no os iguala en dignidades y en gracias? Al rico toca desear vuestra gloria, pedir y buscar esa pobreza gloriosa, honrada por la elección de Dios, de Jesu-

cristo y de María. Dejad á los grandes del siglo sus honores y sus tesoros que en muy pocos días verán marchitarse y desvanecerse; y conservad para vosotros esa pobreza, mas feliz, que veis coronada tan magníficamente en la persona de José.

¡Ah! ¡de cuántos males van á libraros al instante estas nuevas convicciones! Ahora estais ya al abrigo de esa ambición cuyos ardores incesantes os consumían en sus continuas llamas, y redoblaban vuestras penas por la comparación de una riqueza que no podíais llegar á poseer. De hoy en adelante os es fácil poner en práctica la palabra del Señor, y *poseer vuestras almas por la paciencia*, (1) en medio de las fatigas, de los dolores y de los otros males que os abruma, Señor San José, vuestro Patrón, hace brillar á vuestros ojos la noble imagen de un trabajo concienzudo, puro de toda sórdida ganancia y de toda vergonzosa avaricia, y no teneis ningún trabajo en andar por el camino que os abre; porque la grandeza de los bienes celestiales que están confiados á su custodia, os descubre al mismo instante, cuanto valor tienen á

(1) *In patientia vestra possidebitis animas vestras* (Luc., XXI).

los ojos de Dios todas las virtudes humildes y ocultas.

Ilustrados por el glorioso Patriarca acerca de la nobleza de vuestra condición, despreciada por la ignorancia de los hombres, id también á él para aprender por sus ejemplos, los verdaderos medios de santificar vuestros trabajos, y de evitar ese rebajamiento en el nivel del alma, que las ocupaciones materiales están sujetas á producir concentrando en las regiones inferiores las fuerzas y la vida del artesano. No hay duda que José era un laborioso trabajador que ganaba con el sudor de su frente su pan cotidiano y el pan del Niño Jesús y de su Madre; mas sin embargo, ¡qué pensamientos tan piadosos, y qué distracciones tan santas venían á ennoblecer su trabajo!

En verdad, cuando la aurora traía de nuevo para Señor San José un día de fatiga, y cuando se levantaba muy temprano para fabricar *esos yugos y carros* cuyo recuerdo nos ha conservado San Justino, (1) sus primeros pensamientos eran para los celestiales huéspedes que se dignaban vivir á su lado en su estrecha habitación. Una mirada que dirigía

(1) Autor del siglo II.

hacia ellos antes de ponerse á la obra, algunas saluciones llenas de amor, algunas palabras cambiadas piadosamente, le consolaban y le fortificaban para todo el día. Iba á trabajar al lado de Jesús y de María, que se interesaban por sus penas: ¿no era esto bastante para pagarle anticipadamente, y para compensarle de las pesadas fatigas? Ofrecía desde antes á su Esposa y á su Hijo todos los trabajos del día: y esta oblación ardentísima le llenaba de valor para combatir un buen combate.

De la misma manera el artesano cuando se despierte debe ante todo, dirigir los ojos de su alma á Jesús y á María. Después otras ocupaciones le apartarán y le absorverán en el trascurso de su trabajo: muchas tentaciones y ocasiones peligrosas le solicitarán á la injusticia, á la impaciencia y á la cólera. Mas por lo menos, en este primer momento que la bondad de Dios le conserva libre de todo impedimento exterior, que sea fiel en encomendarse á María; que sea fiel en pedir la bendición de Jesucristo, sin el cual *no podemos hacer nada* que nos sirva para la santificación y la salud. Sobre todo, que tome la firme resolución de trabajar, no principalmente para sí, ni aun para su esposa y sus hijos; sino que

à ejemplo de José, se proponga trabajar primeramente y ante todo, para Jesús y María, cumpliendo de todo corazón su voluntad, y buscando por todos los medios posibles el procurar su gloria según las diversas ocasiones que le conceda el espíritu de Dios.

En seguida, es de creer que el piadoso Señor San José no se contentaba con estas *primeras* aspiraciones de su corazón para con su Hijo y Esposa. ¡Oh, sin duda que nó! Porque allí donde se encuentra el corazón del hombre, allí se dirigen todas las preocupaciones de su pensamiento. Por esto, muchas veces al trabajar con la sierra y el martillo, interrumpíase José algunos instantes para dirigir sus miradas hacia los dos seres queridos que formaban toda su vida. Y no perdía nada de su trabajo en esto, porque ¡una mirada es tan rápida! Por otra parte, poníase en seguida á la obra con nuevo vigor, porque sentía toda su alma llena de un ardor dulce y profundo. Muchas veces también no se contentaba con una mirada; sino que añadía alguna palabra para protestar dulcemente á María de su afecto sincero y para asegurar al Divino Niño de su amorosa dilección.

Decimos también, que la Virgen Purísima y el celestial Niño no dejaban ciertamente

sin recompensa todos esos piadosos suspiros del venerable Patriarca. Ellos acostumbran conceder algunas veces el favor de sus visitas divinas aun á los indiferentes que les olvidan y también á los pecadores que les ofenden. ¿Qué no deberían pues, hacer con el bienaventurado José, su Esposo y su Padre? ¡Cuántas veces una palabra de Jesucristo haría nacer en su inteligencia los pensamientos mas fecundos! Y ¡cuántas, una palabra de María, pronunciada con esa inefable dulzura cuyo secreto tiene Ella sola, vendría á llenar su corazón de una embriaguez toda divina! ¡Feliz nuestro José, en medio de sus penas y trabajos, puesto que sus fatigas soportadas concienzudamente le merecían tan ricas consolaciones!

Mas ¿por qué el artesano no había de procurar seguir los ejemplos que le presenta Señor San José? Es verdad que la obra urge, y el maestro no permitiría el tiempo perdido. Mas ¡la mirada de nuestro corazón es tan rápida! Es menester que el artesano, para aligerar el fardo que pesa todo el día sobre sus espaldas, lance hacia María y hacia Jesús esos dardos inflamados que los santos llaman *oraciones jaculatorias*, porque pasan hasta Dios *como un dardo, como una flecha*, antes

que el tentador tenga tiempo de apercibirse de su presencia. Esta piadosa escapada será como un alivio para la pena del trabajador: santificará sus días por esos arranques fuertes y suaves que le arrebatarán hacia el mundo sobrenatural de la gracia; y la presencia de Jesús y de María bastará para iluminar con las mas suaves claridades, el pobre techo donde habita encerrado como un prisionero en su prisión.

No hay duda que si el artesano dirige así la mirada interior de su alma hacia la Madre de las misericordias y hacia su Hijo, María y Jesucristo no se quedarán atrás en ese comercio que los santos se han hecho tan familiar. Jesucristo vendrá mas de una vez, por su gracia á fortificar al trabajador, mostrándole que Él mismo ha caminado en el sufrimiento, y que sus humillaciones le han merecido la gloria inmensa que posee á la diestra de Dios. María, dulcificará por el encanto de su ternura, lo que las lecciones de Jesucristo tienen aún de terrible para la debilidad humana; le mostrará la dulzura que se encuentra aun desde esta vida en la indigencia soportada con amor; y el pobre, al escuchar estas voces celestiales que hablan de resignación, de abnegación y de recompensa, ol-

vidará las amarguras de su alma para experimentar como un gusto anticipado de los bienes del cielo.

Y además, el trabajo no dura *siempre*; por largo que sea el día, tiene su término, que reúne al derredor de una mesa común, para un común alimento á los miembros de una misma familia. Entonces era cuando Señor San José se *dilataba*, por decirlo así sin obstáculo, bajo los rayos vivificadores que se escapaban del Sol de Justicia, y bajo la claridad pura y santa de que le inundaba el semblante dulce de María. ¡Oh! y ¡cuán poca cosa le parecían entonces todos sus cuidados, en presencia de la gran recompensa que la mano de Dios le preparaba! Desembarazado de todas las inquietudes y de todos los cuidados del día, contemplaba la radiante hermosura de Aquella que regocija con sus encantos á los serafines y á todos los ángeles; de Aquella que siendo siempre Inmaculada no conoció jamás la sombra de la mas lijera imperfección. Fijaba largamente sus miradas en Jesús, á quien San Pablo no teme llamar: la imágen del Dios invisible, (1) el esplendor de la gloria del Padre y la Figura de su Sus-

(1) Col., I.